

La luciérnaga que tenía miedo de brillar

En el bosque vivía Lucía, una luciérnaga muy pequeña. Todas las noches sus hermanas encendían su luz y volaban entre los árboles, pero Lucía se quedaba escondida debajo de una hoja.

—¿Por qué no brillas? —le preguntó un grillo.

—Porque mi luz es azul —susurró Lucía—, y la de mis hermanas es amarilla. Si brillo, todos me van a mirar.

Una noche, un conejito se perdió entre los helechos. Estaba tan oscuro que no encontraba el camino a casa. Las luces amarillas se confundían con la luna, y el conejito daba vueltas y vueltas.

Lucía respiró hondo, salió de debajo de su hoja y encendió su luz azul. Era tan distinta que el conejito la vio enseguida y la siguió paso a paso hasta su madriguera.

Desde entonces, cuando alguien se pierde en el bosque, todos buscan la lucecita azul.

Moraleja: lo que te hace diferente también puede ayudar a otros.

Para conversar: ¿Por qué el conejito vio la luz de Lucía y no las otras? ¿Hay algo tuyo que sea diferente y te guste?

Dibuja tu parte favorita del cuento

El elefante y la hormiga

Gustavo era un elefante enorme y Mina, una hormiga diminuta. Un día de mucho calor, Gustavo se quedó atascado en el barro de la orilla del río. Tiraba y tiraba de las patas, pero cuanto más se movía, más se hundía.

—¡Te ayudo! —gritó Mina.

Gustavo se rió con su trompa.

—¿Tú? ¡Si eres más pequeña que una piedrita!

Mina no contestó. Corrió hasta el hormiguero y volvió con cien hormigas. Entre todas llevaron ramitas, una detrás de otra, y las pusieron debajo de las patas de Gustavo, hasta que el barro quedó cubierto de un suelo firme. Gustavo apoyó una pata, después otra, y salió del río.

—Perdóname, Mina —dijo, ya limpio y contento—. Me ayudaste más que nadie.

Moraleja: nadie es demasiado pequeño para ayudar.

Para conversar: ¿Cómo lograron las hormigas sacar a Gustavo? ¿Alguna vez ayudaste a alguien más grande que tú?

Dibuja tu parte favorita del cuento

Lola y la tortuga Paciencia

Lola plantó una semilla en una maceta y se sentó a mirarla.

—¡Crece ya! —le dijo.

La semilla no creció. Lola la regó, la miró otra vez y volvió a decir: «¡Crece ya!». Nada.

Su tortuga, que se llamaba Paciencia, caminaba despacito por el jardín. Tardaba muchísimo en llegar a la fuente, pero llegaba todos los días.

—¿Cómo haces para llegar tan lejos si eres tan lenta? —le preguntó Lola.

La tortuga no respondió, porque las tortugas no hablan, pero siguió caminando, un paso y otro paso.

Lola decidió hacer lo mismo con su semilla: regarla un poquito cada mañana y esperar. Pasaron siete días. Una mañana, de la tierra asomaba una hojita verde, pequeña como una uña.

—¡Paciencia! —gritó Lola—. ¡Ha crecido!

Y la tortuga, por fin, llegó a la fuente.

Moraleja: las cosas buenas a veces necesitan tiempo.

Para conversar: ¿Qué hizo Lola cuando dejó de gritarle a la semilla? ¿Qué cosa te cuesta esperar?

Dibuja tu parte favorita del cuento

El jarrón de la abuela

Tomás estaba jugando con la pelota dentro de casa, aunque sabía que no debía. ¡Pum! La pelota golpeó el jarrón azul de la abuela, que cayó al suelo y se partió en tres trozos.

Tomás se asustó mucho. Escondió los trozos detrás del sofá y se fue a su cuarto. Esa noche no podía dormir: sentía una piedra en la barriga.

A la mañana siguiente, la abuela buscó su jarrón por toda la casa. Tomás la miró, respiró hondo y le dijo:

—Abuela, fui yo. Estaba jugando con la pelota y lo rompí. Lo siento.

La abuela se quedó callada un momento. Después le dio un abrazo.

—Gracias por decirme la verdad, Tomás. El jarrón se puede pegar. La confianza cuesta mucho más arreglarla.

Esa tarde pegaron juntos los tres trozos. El jarrón quedó con unas líneas finas, y a Tomás le pareció más bonito que antes. Y esa noche durmió muy bien.

Moraleja: decir la verdad, aunque cueste, nos deja tranquilos.

Para conversar: ¿Por qué Tomás no podía dormir? ¿Qué sintió cuando le contó la verdad a su abuela?

Dibuja tu parte favorita del cuento

La nube que no quería llover

Había una vez una nube gordita y blanca llamada Nubia. Le encantaba guardar agua: cada día bebía un poco del mar y se hacía más grande y más redonda.

—Es mi agua —decía—. No la voy a soltar.

Allá abajo, el campo estaba seco. Las flores tenían la cabeza agachada y el río era apenas un hilito.

—Nubia, por favor —le pidió una flor—, tenemos mucha sed.

Nubia miró sus gotas, tan brillantes, y luego miró las flores tristes. Se quedó pensando todo el día. Al atardecer, sin decir nada, empezó a llover. Primero despacio, después más fuerte.

Las flores levantaron la cabeza, el río volvió a cantar y en el cielo apareció un arcoíris enorme. Nubia, ahora pequeñita y ligera, se dio cuenta de que nunca había visto nada tan bonito.

Moraleja: compartir lo que tenemos hace crecer cosas hermosas.

Para conversar: ¿Qué pasó en el campo cuando Nubia llovió? ¿Qué te gusta compartir a ti?

Dibuja tu parte favorita del cuento

El búho que no podía dormir

Los búhos duermen de día, pero Bruno, un búho joven, no lograba cerrar los ojos. Cada vez que el sol salía, pensaba en todo lo que había visto por la noche: la luna, las estrellas, un ratón corriendo.

Su abuela búho le enseñó un truco.

—Primero, respira despacio, como si olieras una flor. Después, suelta el aire, como si apagaras una vela. Y luego piensa en tres cosas bonitas de tu noche.

Bruno lo intentó. Olió la flor, apagó la vela. Pensó en la luna redonda, en una estrella fugaz y en el abrazo de su abuela.

Respiró otra vez, más despacio. Y otra vez. Antes de llegar a la tercera cosa bonita, Bruno ya estaba dormido, con las plumas suaves y el pico sonriendo.

Moraleja: respirar despacio y pensar en cosas bonitas ayuda a descansar.

Para conversar: ¿Cuáles fueron las tres cosas bonitas de Bruno? ¿Cuáles son las tres cosas bonitas de tu día de hoy?

Dibuja tu parte favorita del cuento